

## Un amor y algunas bernardinias

---

### 1. Escozor y deseo

---

Al comienzo de *Un amor* (Anagrama), Nat estrena un tubo de pasta de dientes. Pocos meses, y ciento sesenta y tantas páginas después, cuando la novela se acerca a su fin, la protagonista del último libro de Sara Mesa reflexiona, ante el tubo aún a medias, sobre lo que le ha sucedido en ese tiempo: “Es increíble, se dice: removerse por dentro por completo, sacudirse, darse la vuelta y volvérsela a dar, en menos de lo que se tarda en gastar 125 mililitros de dentífrico”. Y lo que le pasa y, de modo especial, cómo se cuenta lo que le pasa es precisamente lo que constituye el meollo de esta novela excepcional. Vaya por delante, por tanto, mi agradecimiento de lector a una novelista extraordinariamente coherente que mejora —y cómo— a cada libro que publica. Dicho esto, me gustaría recomendar al lector/a que se enfrenta a esta novela algo parecido a lo que pedía (con un sentido muy distinto) W. H. Auden en su *Funeral Blues* —“paren todos los relojes, corten el teléfono / impidan con un jugoso hueso que el perro ladre” — porque este libro, cuya lectura está al alcance de todos los que aman la literatura, requiere tranquilidad y concentración: sólo así se aprecian todos sus matices, todo lo que tiene que entregar. Su protagonista, Nat, una mujer solitaria de cuya vida anterior se nos dice muy poco, llega como una especie de intrusa a un mundo cerrado y rural: un antiparaiso casi abstracto en su dureza en el que moran personajes con los que Nat debe confrontarse y que la “removerán y sacudirán por completo”, obligándola a descubrir aspectos de su personalidad que ignoraba o temía. La novela se construye en escenas más o menos sueltas (como en *Mientras agonizo*, de Faulkner) que se ordenan como un puzzle en el que las piezas que faltan son elipsis que al lector no le cuesta rellenar. Nat huye de algo, quizás de sí misma, y se refugia en La Escapa para traducir, obsesionada por “los nombres exactos” de las cosas. En ese ámbito casi ominoso (y a veces cercano al gótico) Nat conoce —como les ocurre a otros personajes de Sara Mesa— una forma diferente de amor: algo “inagotable y adictivo” en el que se mezcla “escozor y deseo, ansia y vértigo”. Mesa, que maneja con maestría el estilo libre indirecto, nos cuenta todo lo que hay que saber acerca de Nat, de sus vecinos, de su perro y de su amante. Leyéndola he pensado en Camus, en Faulkner, en el Coetzee de *Desgracia* (con cuyo pesimismo tiene más de un punto de contacto). No quiero, ni puedo contarles más acerca de esta estupenda novela. Pero, si aún se fían algo de mí, no se la pierdan.